

UN DÍA CUALQUIERA

Un frío día de invierno, en un pequeño pueblo nació un ser, vivo en reflejos, de ojos tan grandes como su curiosidad y de cabellos tan negros como el carbón. Era la segunda hija de la familia y sus papás y su hermanita se pusieron muy contentos con su llegada. Los cinco primeros meses transcurrieron felizmente hasta que un día cualquiera de mayo la normalidad se vio interrumpida por una enfermedad que amenazaba con quitarle la vida. Los médicos decidieron que lo mejor sería aplicarle un tratamiento para salvarle, y sí, se salvó pero con una consecuencia: le había llegado el mundo del silencio. Gracias al esfuerzo y al empeño de sus papás todo fue fácil. Aprendió a hablar correctamente, fue a un colegio de oyentes y pudo relacionarse con los demás niños sin ningún problema.

Un día, cuando ella tenía dos añitos, llegó al mundo el tercer hijo de la familia. Se puso muy contenta porque ahora tenía otro hermanito para jugar, y tanto fue así que la complicidad entre ellos fue creciendo a medida que ellos lo hacían. Fueron niños un poco traviesos pero buenos en esencia. Vivieron en muchas y diferentes aldeas y como su papá era veterinario estaban constantemente en contacto con los animales, eso a ella le gustaba mucho. Y así se desarrolló su infancia.

Pero, a medida que la niña iba creciendo, se iba haciendo consciente de que ella era diferente. Los niños pueden ser muy crueles ante aquello que les resulta extraño, en consecuencia, la comunicación con sus compañeros de colegio y de juegos, se estaba volviendo cada vez más complicada; ellos no entendían porqué esa niña hablaba de manera diferente a ellos y la rechazaban: esto hacía que su integración social no resultase nada fácil.

Confundida ante esta situación, la pequeña le preguntó a sus padres porqué no era como los demás niños: ellos le respondieron asegurándole que cada niño es único; ella no era una excepción, eso no debía preocuparle... Así, gracias al apoyo y la protección de su familia, la pequeña pudo crecer sin mayores problemas, adaptándose poco a poco a una “normalidad” que, progresivamente, iba haciendo suya.

La niña creció y se convirtió en una adolescente y un día sus padres le dijeron que debían marcharse de su casa y cambiar de ciudad. Fue entonces cuando llegó a Tarragona. Ella nunca había visto el mar y quedó tan impresionada que jamás podría olvidar la sensación de plenitud y la belleza que descubrió en aquellas playas, en aquella ciudad. . . Sin embargo, su mundo silencioso se iba complicando: a medida que iba creciendo debía asumir mayores responsabilidades y alguna de ellas no resultaba fácil para una persona sorda. A pesar de todo, en Tarragona tuvo muy buenas vivencias: estudió Bellas Artes, se especializó en esmalte al fuego, conoció a mucha gente e hizo muchos y buenos amigos.

Un buen día conoció a su pareja y, poco tiempo después, se casaron. A ella le hacía feliz pensar que estaba formando una familia. Pero lo cierto es que no iba a ser una tarea fácil. Para empezar, al intentar insertarse en el mundo laboral se hizo consciente de la barrera que suponía su minusvalía: siempre se repetía la misma historia, no reconocían su diferencia como una minusvalía, sino como una tara que la alejaba irreversiblemente de la posibilidad de participar en la economía familiar. No obstante, gracias al apoyo de su marido, de sus padres y de su hermana mayor, ella consiguió seguir adelante.

Otro momento importante fueron los nacimientos de sus hijas. De nuevo se

producía un acontecimiento feliz pero repleto de dificultades: ¿Cómo iba a ser capaz de protegerlas si no podía oír sus llantos?

Sin embargo, la naturaleza es sabia y los miedos fueron sustituidos por la intuición y más tarde por la experiencia. Era cierto, ella no podía oír los llantos, pero el sexto sentido y la fuerza de voluntad suplieron esta carencia. A medida que las niñas fueron creciendo, éstas también ayudaron mucho a su mamá. Ya desde pequeñas, cuando alguien llamaba a la puerta o al teléfono las niñas intentaban avisar a su madre con balbuceos y con la forma de hablar de los bebés. Era increíble, ¿cómo seres tan pequeños podían saber que ella necesitaba su ayuda? Así, poco a poco, su vida fue transcurriendo sin prisa pero sin pausa. Y, en un momento determinado, ella decidió enfrentarse a los miedos y dificultades que le esperaban más allá de las puertas de su casa. Sus hijas se habían hecho mayores e iban a empezar sus estudios universitarios. Así que debía tomar una determinación para poder ayudarles. El primer paso fue el reconocimiento oficial de su minusvalía. Aunque pueda parecer un contrasentido, el mismo papel que la definía como incapacitada era el que le iba a abrir las puertas del mundo laboral. Ahora ella estaba muy feliz, ¡por fin podría trabajar!. No obstante, una vez más, no debemos creer que es oro todo lo que reluce. Pese a la plenitud que podía sentir al ser una persona económicamente independiente, todo aquello parecía una carrera de obstáculos. Desgraciadamente, algunas de las empresas que contratan a personas con minusvalía olvidan que éstos no son sólo un vehículo para conseguir ayudas y ganar dinero; son personas que, como no podía ser de otra manera, además de sus obligaciones para con la entidad que les contrata, tienen derechos que deben ser respetados. Así pues, aquello que tanto había

ansiado se convirtió en algo sumamente complicado. Sin embargo, merecía la pena. Por ello, siguió trabajando y enfrentándose a su día a día durante mucho tiempo. Pero un día cualquiera, de modo repentino, la situación cambió por completo. Palabras como “crisis”, “ERE” o “subsidio” se volvieron algo cotidiano con lo que debía convivir: el trabajo había dejado de existir. ¿Por qué todo debía ser siempre tan difícil?. Pese a su empeño, las posibilidades de volver a trabajar eran cada vez más reducidas. Y, a medida que iban pasando los meses, su ánimo iba decayendo: no quería volver a encerrarse en su casa; necesitaba ser útil, necesitaba encontrar un enlace de comunicación con la sociedad. Y así fue como, buscando una salida a esta situación, a esta inquietud, ella se topó con un grupo de personas que le iban a demostrar que no estaba sola. La minusvalía auditiva es algo común en nuestro entorno y, por ello, debe normalizarse la situación de las personas que la padecen. La asociación con la que ella había contactado, dedicaba gran parte de sus esfuerzos a esta labor y ella decidió formar parte de esta causa implicándose, directamente, en el día a día de esta institución.

Como ya habrán supuesto, este relato no es una invención. Como dirían en el cine: lo que acaban de leer está basado en hechos reales. Y eso se lo puedo asegurar porque conozco bien a la niña, a la adolescente y a la mujer que protagonizan este cuento: todas ellas son yo. Por eso, aunque este relato sea un cuento, no lo podemos finalizar diciendo lo de “colorín colorado” puesto que, realmente, este cuento no se ha acabado.

Título: Un día cualquiera

Pseudónimo: Venus